

'Llamá a las mujeres de MOCASE': respuestas feministas campesinas y populares frente a las violencias hacia mujeres de la ruralidad y de las periferias urbanas en Argentina

'Call the women of MOCASE': Peasant and popular feminist responses to violence against women in rural and urban peripheries in Argentina

Mariela Pena

Resumen

Este artículo indaga en el problema del abordaje de las violencias de género desde estrategias organizacionales de base, a partir del caso de mujeres campesinas del Movimiento Campesino de Santiago del Estero-Vía Campesina (MOCASE-VC), del norte de Argentina. Se describe y analiza el accionar del “equipo de género” conformado por algunas mujeres de la organización de manera voluntaria entre los años 2020 y 2024, el cual se ocupa de recibir, atender y gestionar pedidos de asistencia por parte de mujeres jóvenes y adultas de zonas rurales y peri-urbanas de Santiago del Estero, en distintas situaciones de vulnerabilidad y/o emergencias que son caratuladas como “violencia de género”. Los datos que se comparten y analizan forman parte de un trabajo investigativo más amplio (2016-actualidad) basado en un abordaje etnográfico y feminista que combina técnicas de trabajo de campo como entrevistas, observaciones participantes y conversaciones informales. Se plantea la relevancia de enmarcar esta experiencia en la trayectoria de los feminismos campesinos y populares, su perspectiva interseccional del género y la construcción de nuevas subjetividades. Se argumenta que éstos aportan una concepción crítica, integral y ampliatoria sobre la noción de “violencia” respecto de los feminismos hegemónicos y de las políticas públicas existentes durante dicho período. El caso de estudio también arroja nuevos interrogantes en torno a la relevancia del Estado, de los feminismos y de las organizaciones sociales a la hora de atender estas problemáticas.

Palabras clave: movimientos sociales; violencia de género; feminismo campesino y popular, interseccionalidad

Mariela Pena

Universidad de Buenos Aires | Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas | Buenos Aires | Argentina | marielapena@conicet.gov.ar

Abstract

This article examines the manner in which gender-based violence is addressed by grassroots social organizations, with a particular focus on the case of peasant women from the Peasant Movement of Santiago del Estero-Vía Campesina (MOCASE-VC) in northern Argentina. The article provides a description and analysis of the political actions undertaken by a “Gender Team” comprising female members of the organization who were appointed on a voluntary basis between 2020 and 2024. The team is tasked with receiving, attending to, and managing requests for assistance from young and adult women in rural and urban periphery areas of Santiago del Estero. These requests pertain to situations of vulnerability or emergencies that are labelled as “gender violence”. The data presented and analyzed are part of a broader research project (2016-present) based on an ethnographic and feminist approach. The research combines fieldwork techniques including interviews, participant observation and informal conversations. It also situates the findings within the trajectory of peasant and popular feminisms, highlighting their intersectional gender perspective and their role in the creation of alternative subjectivities. It is argued that these approaches provide a critical, comprehensive and broadening conception of the notion of “violence” in relation to dominant feminist discourses and public policies during this period. The case study also prompts the re-evaluation of the role of the state, feminisms and social organizations in addressing these issues. Keywords: social movements; gender violence; peasant and popular feminism; intersectionality

Introducción¹

El MOCASE-Vía Campesina es una organización compleja y de extensa trayectoria, la cual originalmente nace en 1990 como forma de defensa territorial de base conformada por la población que sufría las consecuencias de la expansión de la agricultura transgénico-intensiva hacia distintas regiones rurales de Santiago del Estero (De Dios, 2010; Desalvo, 2015; Durand, 2006). Si bien inicialmente supo ser una organización de defensa jurídica creada a raíz de conflictos con la propiedad de las tierras, la cual se proponía proteger o restaurar la tenencia de las familias que eran desalojadas mediante la lucha jurídica y gremial, hoy conforma un amplio y heterogéneo movimiento que se identifica como “campesino, indígena y popular”. En el marco del propósito aquí, no es posible sintetizar toda la complejidad de su trayectoria, aunque sí es importante señalar que dicha organización sufre en el año 2001 una fractura debido a diferencias respecto a la forma organizativa y las estrategias de alianzas políticas, a partir de lo cual continúan dos agrupaciones distintas bajo los nombres de MOCASE y MOCASE-Vía Campesina. El trabajo se circunscribe al recorrido de este último, el cual va a asumir estructura horizontal –sin dirigentes y con asambleas para la toma de decisiones– y un accionar en alianzas con otros sectores nacionales (especialmente los movimientos de desocupados) y globales, siendo clave la Vía Campesina. Es a partir de estos derroteros, alianzas y transformaciones políticas que al día de hoy también ha incorporado integrantes (principalmente jóvenes) pertenecientes a las periferias urbanas, considerados como parte de la misma población marginada y excluida por el capitalismo neoliberal: los denominados sectores populares. Sin embargo, se trata principalmente de un movimiento socio-territorial (Halvorsen et al., 2021), en tanto que alude a las especificidades de los movimientos cuyo proceso

1 Este título tiene un guiño al conocido Colectivo Jane [Jane Collective], de Chicago, un grupo de activistas feministas que ayudan a las mujeres a acceder a abortos ilegales a finales de los años sesenta y principios de los setenta. Dicho colectivo Jane ofrecía una línea telefónica y unas instalaciones en las que las mujeres podían someterse al procedimiento que requerían, pero por fuera de toda institucionalidad y enfrentando grandes riesgos.

identitario se centra en procesos de defensa territorial o territorialización, cuyo objetivo central la apropiación del espacio en pos de lograr su proyecto político.

En el marco de un trabajo etnográfico más amplio², este artículo describe y analiza el abordaje orientado en contra de la violencia de género (tomando la caracterización realizada por la propia organización) por parte de un equipo de mujeres campesino-indígenas que voluntariamente conformaron un “equipo de género” para dar respuesta a pedidos de asistencia por parte de mujeres de zonas rurales y peri-urbanas aledañas a su zona de actividad política territorial. Dicho equipo se conformó en el año 2020 y continúa hasta la actualidad, siendo que este trabajo recorta el análisis hasta principios de 2024 (fecha de elaboración del manuscrito). Durante estos años, se ha atendido más de un llamado semanal por parte de mujeres en diferentes situaciones que eran catalogadas como alguna forma de violencia de género, se han desplegado diferentes estrategias que denominamos integrales y particularizadas para cada uno de esos casos, de manera informal, autogestionada y autofinanciada. Aunque algunos casos se reportaban y gestionaban políticas públicas asistenciales, en la mayoría de ellos este accionar desbordaba los marcos estatales. El trabajo problematiza esta experiencia, preguntándose por las concepciones y prácticas detrás de esta forma de accionar feminista de mujeres que se identifican como campesinas y populares. Se reflexiona en torno a los riesgos y cargas emocionales y físicas que conlleva esta labor, pero también su posibilidad como forma de construcción de subjetividades emancipatorias. A su vez, se argumenta que este caso tiene relevancia como parte de las estrategias globales que aportan los feminismos campesinos y populares a la agenda nacional y de la región latinoamericana.

El artículo se organiza en esta introducción y cuatro apartados. A continuación, se presenta una sección metodológica. Luego, se desarrolla un apartado que describe las estrategias empleadas por las mujeres campesinas de acuerdo a lo observado y relatado durante el trabajo de campo. A esta sección le sigue una discusión en torno a la inscripción de esta realidad en la trayectoria de los feminismos populares latinoamericanos, dando cuenta de rasgos comunes y de particularidades, a partir del diálogo con la literatura especializada. Por último, destinamos una breve sección para algunas reflexiones e interrogantes finales.

El encuadre metodológico: una instancia de etnografía feminista

Desde el año 2016, se han realizado viajes de manera periódica a Quimilí, en donde se ubica la Central Campesina de dicha localidad, al menos dos veces al año (interrumpidos durante la pandemia) en el marco de una etnografía (Guber, 2011) en torno a la participación política de las mujeres en dicha organización y sus identidades feministas. Se trata de un proyecto que, además, recupera en todas sus etapas las epistemologías feministas que han profundizado en el rol de la corporalidad y los afectos tanto durante el trabajo de campo como en el tipo de conocimiento producido (Alcoff y Potter, 2003; Fonow y Cook, 2005). Las reflexiones que se presentan aquí se desprenden más específicamente de las últimas visitas al campo, realizadas entre 2022

² Investigación individual de la autora, con el financiamiento del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET), de Argentina.

y 2024. Durante la estancia en 2022, la autora estaba analizando la participación de las mujeres en la producción agroecológica de la organización, cuando el asunto de la violencia de género apareció a modo de emergente. En una de estas instancias, una de las entrevistadas dio cuenta de una situación reciente en la que estaban interviniendo un grupo de mujeres conformado como “equipo de género”. Se trataba de una madre joven proveniente de las periferias urbanas de la ciudad, en situación de consumo problemático y de pobreza extrema. Sus hijos habían sido dados en adopción y el área estatal local, la Dirección de Niñez, Adolescencia y Familia (DINAF), había contactado al MOCASE-VC para que intervengan en la situación de la mujer. De allí surgieron varios interrogantes: ¿cómo era que esta problemática era pensada como un abordaje contra la violencia de género? ¿cómo se había conformado este equipo, quiénes lo integraban y cuáles eran sus motivaciones y formas de intervención? ¿cómo se vinculaban estas prácticas con los objetivos más amplios de un movimiento social de defensa territorial? ¿de qué modo se articulaba la actuación estatal con la del movimiento social?

A partir de allí, se ha comenzado a conversar con algunas mujeres para organizar una futura visita semanal en la que se pudiese entrevistar, acompañar y observar las intervenciones, reuniones y las distintas instancias que hacían a la cotidianeidad del equipo de género durante una semana. Las mujeres se entusiasmaron mucho con la intención de la investigadora de analizar este asunto y organizaron sus agendas para que pueda concretarse. Así, en el marco de una nueva visita "a comienzo de 2023" se realizaron observaciones participantes en algunas de las reuniones que organizaban las integrantes (un total de 8 mujeres), se acompañaron instancias de un taller destinado a mujeres y se concretó un total de 3 entrevistas abiertas grupales, 5 entrevistas en profundidad a las integrantes del grupo, y 2 entrevistas a mujeres que se habían acercado a la organización por motivos de violencia de género (Oxman, 1998). También se visitaron las instalaciones de la Dirección de Niñez, Adolescencia y Familia de Quimilí, donde se ha entrevistado al equipo que solía realizar consultas y derivaciones ante problemáticas de mujeres que mayores de 18 años “excedían sus competencias”, y –si bien en la localidad no existe un área específica destinada a la problemática de género– se conversó con una de las autoridades municipales. Dado que dichas visitas forman parte de un vínculo construido con algunas referentas campesinas a lo largo de muchos años, estas actividades se dieron en el marco de jornadas completas junto a ellas. Éstas comenzaban con invitaciones sus hogares, a acompañarlas en distintas tareas cotidianas de trabajos y cuidados, y también en momentos de ocio y distracción. Estas instancias, como también propone la etnografía feminista, forman una parte clave de la construcción de datos (Gil Gregorio, 2006).

'Llamá a las del MOCASE'. La violencia de género como emergente durante la pandemia y las diferentes formas de abordarla

La problemática de género viene siendo parte de la estrategia política de la organización desde muy temprano, tal como ha sido desarrollado en trabajos previos de la misma autoría (Pena, 2017). Fundamentalmente, las dinámicas de la división de trabajo se han asentado sobre las claves culturales y políticas construidas por el movimiento social, el cual fue incorporando de manera paulatina a las mujeres a la producción y resignificando los roles en las tareas de cuidados, desde

la premisa de que las tareas no deben diferenciarse por género. En la misma línea, se han ido generando instancias formativas (tales como talleres, encuentros y otros dispositivos pedagógico-políticos) que promovían la igualdad de género, bajo la influencia de otras experiencias regionales similares, principalmente el MST de Brasil. Sin embargo, la categoría de “violencia” no era la clave desde la cual se abordaba la temática de género. Anteriormente, los problemas que el colectivo identificaba como centrales tenían que ver con la dificultad de las mujeres para participar en la arena pública en la lucha por las tierras, y en función de ello se implementaron prácticas tendientes a desarrollar habilidades comunicativas y políticas en ellas, y a desfavorecer dinámicas familiares y de pareja asimétricas o de sumisión de la mujer al varón. Por otra parte, las situaciones de abusos y violencias perpetuadas por integrantes de la propia organización solían ser silenciadas o bien reconocidas como “difíciles de abordar”, especialmente cuando se trataba de personalidades muy activas, relevantes y/o reconocidas territorialmente o para la lucha política.

Es recién a partir de 2020 que se destacan, a modo de quiebre, dos eventos fundamentales que profundizaron la atención dedicada a las cuestiones de las mujeres e incluyeron también a las personas LGBTI+. De acuerdo con la reconstrucción que realizan las propias mujeres del equipo de género, se trata, por un lado, del recrudecimiento o visibilización de las situaciones de violencia de género en el ámbito doméstico durante la pandemia. Sin embargo, también es importante señalar que dicho contexto también coincide con la asunción del gobierno de Alberto Fernández (2020-2024), que tuvo como política la inclusión de la perspectiva de género y la creación de un Ministerio Nacional de la Mujer, Géneros y Diversidades³. Así, una cuestión clave para entender esta experiencia y acompañar estas reflexiones se vincula al hecho de que el abordaje por parte de las mujeres campesinas organizadas no ocurrió dentro de un vacío de políticas públicas, sino en un momento de reciente expansión de las actuaciones estatales en materia de violencia de género, en un gesto de reconocimiento a las demandas feministas que se venían expandiendo durante los años previos.

Las mujeres campesinas claramente señalan los meses de encierro por la pandemia como el tiempo en que comenzaron a recibir pedidos de ayuda y derivaciones de casos de mujeres en distintas situaciones de violencia o emergencias, tanto desde zonas rurales como periurbanas, identificando un promedio de uno dos llamados por semana, e incluso más. Tal como expresan en una de las entrevistas:

A: “Siempre hemos visto que el tema de violencia era transversal a todas las áreas, pero fue en 2020 que al estar encerrados y todas esas cosas que ahí se ha visto, seguramente ya existían de antes” [...] B: [completa la frase] también es como que últimamente se ha difundido más, como que eso no es normal, antes acá se hacía lo que decía el hombre y nada más, estaba muy extendido eso, no se pensaba de otra forma, y si le pega es porque la quiere [...] A: [continúa] a

3 Al momento de redactar este manuscrito, Argentina se enfrenta a gobierno ultraderechista de Javier Milei, que manifiestamente se ha declarado en contra de los feminismos y de los derechos de las mujeres e identidades de género disidentes, y ha desarticulado el mencionado Ministerio, en el marco de un rotundo achicamiento del Estado y de masivos despidos y cierres de instituciones estatales. Además, estas políticas se acompañan de numerosas declaraciones públicas de un enorme peso simbólico, que niegan las desigualdades de género. <https://cnnespanol.cnn.com/2024/03/08/8m-milei-feministas-discursos-de-odio-orix/>

mí lo que he vivido en el campo, y me ha tocado de cerca es una prima hermana que ha estado como 16 años y tiene cicatrices de lo que él le pegaba y la lastimaba, ahora está preso pero no por eso, todos sabíamos que él la maltrataba pero no sabíamos cómo ayudar. (Entrevista grupal, 25/05/24)

Es en esta doble coyuntura que se conforma, en la localidad y Central de Quimilí, el “equipo de género”, compuesto por grupo pequeño de unas diez mujeres que venían participando de manera muy activa en el movimiento en su mayoría desde sus orígenes. Se trata de personalidades que cuentan con un gran capital político tanto en su propia localidad como en el activismo a nivel nacional. Son protagónicas en eventos más amplios de alianza con otros movimientos sociales a nivel nacional (desocupados, trabajadores, ambientalistas y también feminismos populares), pero también están acostumbradas a viajar regionalmente a encuentros de la Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones del Campo (CLOC) y otras organizaciones transnacionales (Pena, 2023). La mayoría de ellas son mujeres originarias de las comunidades y territorios en disputa, de adscripción campesina, indígena o ambas. Este hecho les otorga a dichas mujeres un mayor reconocimiento a la hora de presentarse como exponentes del “feminismo campesino y popular” en instancias locales, nacionales e internacionales, sumado a la autoridad que les brinda su extensa trayectoria como activistas del MOCASE-VC y ciertas cualidades carismáticas. La experiencia política, además, las ha nutrido de diferentes discursos, perspectivas y ha fortalecido su capacidad crítica y su autoestima a la hora de proponer novedades y cambios al interior de su propia organización, y de asumir roles políticos más relevantes. Como es de esperarse, esto no ocurre sin desatar, en el seno de la organización, diferentes resistencias, conflictos y pujas políticas. Me detendré en esto una vez que haya avanzado en mi argumento.

En las primeras instancias, la forma privilegiada de intervención desde el equipo de género del MOCASE-VC consistió en ocuparse de gestionar alguna forma de asistencia estatal en el marco de la incipiente creación del Ministerio de las Mujeres, Géneros y Diversidad de la Nación y sus incipientes políticas públicas. Desde allí se ejecutaban y administraban distintas formas de asistencia, algunas en articulación con el entonces denominado Ministerio de Desarrollo Social. Uno de los principales dispositivos consistía en el Programa Potenciar Trabaja, el cual inicialmente consistía en un subsidio destinado a personas en situación de alta vulnerabilidad social y económica sin distinción de género, pero que a partir de 2020 se planteó el objetivo de incluir a mujeres y personas LGBTI+ en situación de violencia de género⁴. Para adjudicarlo se requería que alguna organización social oficie de intermediaria, ocupándose de relevar y elaborar informes y solicitudes que luego serían evaluados por las autoridades competentes⁵. Luego este programa se discontinuó y muchos de los casos fueron dirigidos al nuevo Programa de Acompañamiento Social (PAS), el cual proveía de un subsidio económico por única vez por un plazo de seis meses y capacitaciones laborales o en temas de “salud, nutrición y derechos” para situaciones que requie-

4 <https://www.argentina.gob.ar/noticias/el-programa-potenciar-trabajo-inclui-a-personas-en-situacion-de-violencia-de-genero>

5 Cabe señalar que el siguiente enlace da cuenta de la información oficial provista desde 2024, siendo que la página web fue actualizada en el marco del recambio gubernamental de 2024. <https://www.argentina.gob.ar/capital-humano/familia/programa-de-acompanamiento-social>

rían de “acompañamiento social”. Entre ellas se consideraba el caso de personas mayores de 50 años o mujeres madres de 4 o más hijos menores de 18 años en condiciones de vulnerabilidad, lo cual es el caso de muchas mujeres de entornos rurales y periurbanos de la provincia de Santiago del Estero. También les ofrecían, dependiendo del caso, asesoramiento legal y acompañamiento psicológico.

Sin embargo, desde el equipo de género del MOCASE-VC la estrategia era hacer uso de las diversas herramientas disponibles de manera estratégica, ya sea estatales, territoriales u otras y combinando más de una, pero siempre marcando una perspectiva crítica respecto a las concepciones y el tratamiento de la violencia por parte del Estado:

Nosotras considerábamos violencia, no solamente a que te daba un golpe, ahí lo consideraban así, pero para nosotras la violencia es de todas las formas que le puedan llamar, psicológica, económica...pero en ese programa de Nación solamente entraba la violencia física, haya o no denuncia, pero tenía que probarse violencia física. La primera vez hemos presentado un montón de informes y nos han rechazados todos los casos que no eran de violencia física directa. (Entrevista grupal, 25/05/24)

Estas palabras introducen el argumento de que se trataría un abordaje de la violencia de género enmarcado, desde un principio, como parte de la estrategia más amplia del movimiento socio-territorial en el cual se adscriben las identidades de las mujeres campesinas. En este sentido, es importante recuperar el hecho de que la organización, desde mediados de la década de 2010, había discutido y decidido afianzar su alianza política con los sectores populares urbanos, conceptualizados “jóvenes de las zonas peri-urbanas en situaciones de marginalidad”. Esta estrategia de fortalecer las políticas de base orientadas hacia dichos sectores prontamente fue acompañando y ajustándose a la deriva de las situaciones concretas que demandaban acompañamiento en el territorio: en su mayoría mujeres que afrontaban alguna forma de violencia de género.

En un principio, de acuerdo con los relatos y entrevistas recolectadas, comenzó a organizarse un trabajo político de base, en Santiago del Estero, pero también en articulación con otras organizaciones sociales a nivel nacional, focalizado en atraer y contener a las juventudes de los barrios peri-urbanos. Una de las estrategias fundamentales consistió en que varios integrantes se capaciten en la temática de la psicología social, y que los dispositivos pedagógicos con los que la organización ya contaba (la Escuela de Agroecología, la Universidad Campesina y los programas de Pasantías Campesinas Vivenciales) se fortalecieran para recibir a jóvenes de dichos sectores, que en muchos casos se mudaban por largas temporadas para convivir allí.

Sin embargo, desde el MOCASE-VC prontamente notaron que la mayoría de las personas que acudían a solicitar ayuda o algún tipo de acompañamiento eran mujeres. Quienes hoy se encargan del equipo de género relatan que una vez avanzado el trabajo de base en nuevas áreas, se percataron de que la mayoría de los casos se encontraba atravesando alguna situación relacionada con violencias en el marco de alguna relación íntima: ex parejas que no cumplían con la cuota alimentaria para sus hijos, mujeres que debían abandonar el hogar por cuestiones de abuso o de

riesgo a la integridad física, o adolescentes embarazadas en situaciones de consumo problemático, prostitución u abandono escolar, entre otras. A su vez, esto empeoraba su condición de vulnerabilidad socio-económica, habitacional, psicológica y de su salud sexual y general. Una vez que decidieron conformar un equipo de género destinado especialmente a atender casos de violencia, las mujeres encargadas colocaron sus teléfonos móviles a disposición y según ellas “se les fue de las manos” el modo en que dichos números se convirtieron en sinónimo de líneas de ayuda (de aquí la referencia en el título al colectivo feminista Jane). Los pedidos comenzaron a recibirse cada vez en mayor cantidad y frecuencia, y también de diferentes formas: de manera directa (vía telefónica) o referido por algún otro/a integrante del movimiento, pero también las llamaban de la Comisaría de la Mujer⁶, las autoridades municipales locales o la propia DINAF.

De allí nace la concepción de que “el género” siempre requería de una estrategia integral, y que era una dimensión transversal pero no la única que colocaba a muchas mujeres de entornos rurales y peri-urbanos en situaciones de emergencia. Estas urgencias requerían la necesidad de asilo temporario en otro pueblo o comunidad, de acompañamiento psicológico urgente, de patrocinio jurídico o de ayuda económica inmediata para paliar situaciones de hambre y pobreza. Aparecía claramente en estos relatos la consciencia, por parte de las referentas campesinas, de que las situaciones de violencia en el marco de las relaciones afectivas o íntimas, se veían directamente entrelazadas y agravadas por las múltiples variables de la desigualdad que atravesaban estas subjetividades. Se mencionaban, entre otras varias cuestiones, la discriminación y el racismo por parte de profesionales de la salud, la precariedad habitacional debida a los conflictos territoriales y la falta de vivienda, la escasez de recursos y redes socio-culturales y educativas, o los temores a los abusos policiales basados en experiencias previas, entre otras cuestiones que complicaban a las mujeres aun habiendo decidido romper con un vínculo violento. En otras palabras, resultaba claro que no se trataba de cuestiones que solamente podían resolverse atendiendo a las dinámicas intersubjetivas en el marco de la pareja heterosexual. Estas realidades hacían eco, a su vez, con una consigna construida y muy impregnada en el discurso de los feminismos campesinos: “la lucha no es contra el hombre, sino contra el patriarcado”. Para ellas, resultaba claro que había hombres que son aliados dentro de las estrategias comunitarias para poder sacar a mujeres de situaciones de peligro y emergencia, así como que había estructuras, instituciones y tradiciones culturales que representaban los intereses y lógicas de la sociedad patriarcal. Resultaba un tipo de saber intuitivo y acorde a sus realidades más cercanas.

Los modos de asistencia empleados desde el comienzo mayormente consistieron en dar respuesta a solicitudes de albergue temporario, para lo cual se utilizaba alguna de las instalaciones u hogares de la misma organización campesina, o bien se intentaba gestionar alguno de los mencionados programas gubernamentales de asistencia económica y patrocinio jurídico y psicológico. Sin embargo, a medida que se ha ido consolidando el equipo y su accionar, emergió el tema de la “complejidad” de cada caso y la necesidad de capacitarse y de abordarlos en red y de manera integral, con una perspectiva procesual de seguimiento en el tiempo, y a la vez de manera individuali-

6 La localidad en la cual trabajo, Quimilí, coincide con que es el único distrito en el cual se encuentra una Comisaría de la Mujer para todo un departamento de gran extensión territorial y principalmente rural, con lo cual arriban situaciones problemáticas desde muchas realidades distantes, con escasa presencia estatal y con grandes dificultades de infraestructura.

zada, atendiendo con mucha dedicación de detalle a cada situación de cada mujer que se acercaba solicitando ayuda. Durante el trabajo de campo se han seguido dos casos puntuales que estaban presentes en el momento, los cuales estaban siendo abordados de manera muy diferente. Mientras que una de las mujeres estaba siendo patrocinada jurídicamente en un juicio por alimentos, otra se había integrado a los distintos talleres dictados sólo para mujeres y sus compañeras ofrecían “guardias” para acompañarla al salir y volver de su casa ante una situación de acoso que aún no se había decidido a denunciar formalmente. Las mujeres del equipo de género eran conscientes de que las situaciones debían ser abordadas según el momento y la decisión de la mujer (por ejemplo, si había realizado una denuncia formal o no, si había decidido abandonar el hogar o no, la situación de los menores a cargo, etc., si estaba en riesgo su vida, si poseía algún tipo de red de apoyo, si trabajaba o estaba en condiciones de hacerlo, etc.). Sin embargo, algo muy llamativo ha resultado ser lo que ellas denominan “el poder simbólico del MOCASE-VC” frente a situaciones de intimidación, violencia e incluso de complicidad policial, institucional o en algunos casos solidaridades y pactos de clase que son cómplices del hombre violento. Dicho “poder simbólico” se trataría de la realidad de hacer saber que dicha mujer “ya no estaba sola”, sino que pertenecía a un movimiento social que tiene recursos para (según el caso) respaldarla, testimoniar, acompañarla a enfrentar situaciones judiciales, realizar demandas y denuncias, a realizarse chequeos invasivos frente a profesionales médicos, o colaborar en la gestión de las escasas formas de asistencia estatal disponibles. Además, como ya he mencionado, se les podía ofrecer asilo temporario, gestionar algún trabajo u ocupación, asistencia a talleres y ayuda económica inmediata. Pero también, se trataba de hacer saber en el pueblo o comunidad que el “violento” estaba siendo observado y que ella podía salir de su hogar y hacer sus actividades acompañada. Una forma de resguardo y cuidado colectivo y territorial.

En términos generales, se trata de un abordaje particular y también dentro de los márgenes que permite un contexto de mucha precariedad, escasos recursos y que depende, básicamente, del capital político territorial construido por el MOCASE-VC durante décadas. Más fundamentalmente, se asienta en la labor, tiempo, dedicación y disposición emocional y física de un puñado de mujeres que también pertenecen a colectivos y poblaciones vulneradas.

El fortalecimiento del “equipo de género” y las tensiones al interior de la organización: “hay algunos que quieren acumular poder y le tienen miedo al feminismo”

El fortalecimiento de la agenda feminista al interior del MOCASE-VC coincide con el incremento de las tensiones internas entre el grupo de mujeres que se dedican más activamente al trabajo en esas temáticas y otro grupo de dirigentes, mayoritariamente varones, algunos de los cuales son cuestionados por ellas mismas porque se trata de personalidades que no son de origen campesino. En palabras de una de las mujeres que forman parte: “son un grupúsculo de porteños machirulos”⁷. En una de las visitas al campo durante 2022, hubo una situación interna que pro-

7 El apelativo de porteño en Argentina hace referencia a habitantes del área metropolitana de Buenos Aires, lo cual en este contexto tiene connotaciones negativas, tanto de foráneo como de proveniente del centro del país, sin respeto o conocimientos sobre las realidades de las periferias. Por su parte, “machirulo” es otro término coloquial para referirse a quienes exhiben actitudes machistas.

vocó el llanto de una de las mujeres, y a partir de este punto el grupo se abrió a exteriorizar con la investigadora algunas de las internas políticas. Desde su perspectiva, el evento del Foro Feminista Latinoamericano y Popular, realizado en la ciudad de La Banda, Santiago del Estero⁸ en junio de 2022, al cual fueron convocadas en tanto mujeres campesinas, despertó recelos en cuanto al protagonismo de ellas por sobre el resto de los dirigentes políticos. Este evento, del cual la autora de este texto también participó, fue parte y corolario de una serie de participaciones en las cuales, durante el contexto de pandemia, se fortaleció el rol de las mujeres campesinas en sus alianzas con sectores urbanos (Pena, 2023). Ese mismo hecho fue, para ellas, un punto de quiebre en la relación interna, a partir del cual se intensificaron las tensiones y comenzaron a sufrir sobre ellas mismas formas verbales de violencia, menoscabo y hostigamiento hacia sus personas y a su accionar político, intentando desacreditarlas hacia el resto de la organización. El reclamo que se les hacía se vinculaba a la creencia de que los temas de las mujeres “cobran centralidad” en detrimento de otras problemáticas del conjunto, esencialmente el conflicto por las tierras, y que el protagonismo de las mujeres “oscurece” el trabajo político de otros dirigentes. A su vez, se entrelaza otra línea de tensiones que ocurre entre los “históricos” integrantes de origen campesino, entre los cuales se encuentran las mujeres que son convocadas en calidad de “feministas campesinas”, por un lado; y por otro quienes se incorporaron a la organización en calidad de “técnicos” o “manos blandas”. Según el grupo de mujeres feministas, los actores provenientes de entornos urbanos o “porteños” poseen diferentes habilidades políticas que emplearon para ganar notoriedad, pero carecen de la legitimidad que les brinda el hecho de ser mujeres que provienen y conservan el estilo de vida rural, y se sienten amenazados por su crecimiento político. Sin bien este conflicto no es el centro de nuestro propósito aquí, lo traigo a colación porque habla de los costos políticos, emocionales y también físicos del trabajo feminista al interior de organizaciones que abiertamente abrazan la consigna pero que manifiestan resistencias internas. Tal como se desprende de los extractos de entrevistas que copio a continuación, la incorporación asuntos vinculados al género, y más recientemente a las violencias específicamente, es producto de un extendido y arduo trabajo político realizado por algunas mujeres:

Nosotras empezamos a meter el tema durante las discusiones en asambleas. Traíamos situaciones particulares de celos, de violencias y a veces metíamos algunos comentarios como “si estamos hablando de justicia o de reforma agraria cómo podemos tener compañeros referentes o delegados de las comunidades ejerciendo violencia contra las compañeras”. Porque había casos en los no se las dejaba participar, había que armar todo un circo para que pudiesen salir de su casa con permiso del hombre. (Entrevista individual, 28/05/24)

Estas cuestiones abren varios interrogantes en torno a las motivaciones de las mujeres para emprender y encarnar estos roles y tareas de una militancia feminista que, tal como han expresado Carbonelli y Giménes Beliveau (2021), “exige a los cuerpos, lleva a realizar esfuerzos severos y los expone a riesgos que dejan marcas” (p. 999). Para reflexionar sobre estas cuestiones es que considero importante inscribir esta experiencia en el marco de los abordajes de las violencias de género

8 Sobre las alianzas de las mujeres de MOCASE-VC con los feminismos populares y más específicamente sobre su centralidad en este Foro me extendí en un artículo reciente.

en los feminismos campesinos y populares, destacando la perspectiva integral e interseccional que les caracteriza.

Discusión. La experiencia campesina frente a la violencia de género en la clave de los feminismos populares

Cuando Di Marco (2010), señalaba que el feminismo popular argentino consiste en la articulación entre la política feminista y otros movimientos sociales, todavía era demasiado pronto para imaginar la masividad que iría a cobrar a partir de 2015. Incluso se han hecho algunos aportes y discusiones interesante en torno a sus argumentos a la luz del contexto más reciente (Nijensohn, 2019). Sin embargo, aún hoy tiene relevancia (y quizás aún más) pensarlo en esos términos. Según la autora, es precisamente la articulación contingente de elementos heterogéneos y de demandas provenientes de diversas trayectorias y extracciones, lo que posibilita construir discursivamente una identidad que sobrepase los particularismos y que condense en determinadas consignas (como lo ha sido la legalización del aborto) un campo de lucha *popular*. Este tipo de construcciones colectivas tendrían la potencialidad de unificar reclamos y de disputar hegemonías. La experiencia que analizamos aquí también se inscribe en los feminismos populares, si entendemos que su surgimiento y devenir histórico en el país y en América Latina está enlazado con el cruce entre los feminismos y otras luchas de mujeres cuyas adscripciones, identidades y problemáticas resultaban heterogéneas (Luna, 2004; Gargallo Calentani, 2007; Gago, 2019). No resulta sorprendente, siguiendo esta lente, el hecho de que se trate de mujeres organizándose para atender a problemáticas sociales producto de las realidades de marginalidad y exclusión estructurales, en sectores de la población que también resultan desatendidos desde el Estado. Este tipo de abordajes a las violencias de género puede pensarse desde lo que Lugones (2008), plantea como la lógica de la interseccionalidad, o como aquello que emerge cuando el género y otras variables de la desigualdad social se perciben de manera relacional. Se trata de una praxis situada y concreta en la cual los vínculos íntimos no ocurren en un entorno neutro, sino en subjetividades atravesadas por múltiples formas de opresión y vulneración.

Las intervenciones dirigidas hacia las violencias de género se inscriben en un abordaje integral que no deja de estar vinculado a las lógicas del cuidado, y a los roles tradicionales de la división sexual del trabajo, siendo que las mujeres de MOCASE-VC, durante la pandemia por COVID-19, también se organizaron en torno a la asistencia alimentaria (Pena, 2022). De este modo, no podemos pasar por alto el hecho de que son las mujeres quienes, en el contexto estudiado, se organizan en clave territorial para atender las tareas tanto de alimentación como de atender a situaciones de vulnerabilidad y violencia en otras mujeres, adolescentes y niñas. Incluso en un movimiento social que tiene una extensa trayectoria de construcción identitaria en torno a la horizontalidad y la distribución equitativa e igualitaria en torno a las tareas de género, son ellas quienes se han organizado para dar respuesta a este eje basado en las violencias. Ello genera otra sobrecarga de tareas que no está debidamente reconocida salarialmente ni tampoco encierra directamente un incremento del capital político hacia el interior de la organización, sino que conlleva mayores riesgos, tensiones y desafíos. Sin embargo, mi análisis también planteaba que, a la vez, mediante

esta forma de organización, las mujeres campesinas habían logrado fortalecer su rol político estratégico como proveedoras de alimentos saludables, cuidadoras y defensoras de ecosistemas y conocimientos en peligro. En función de esto, es importante señalar que los sentidos en torno a las tareas de cuidado son contestados desde las circunstancias y también los efectos diferenciales que tienen en contextos rurales donde prevalece la valoración positiva de un “ethos comunitario” (Cabnal, 2010), respecto de los entornos urbanos marcados por una ideología de tintes más individualistas. A la luz de todo esto, nos interesa pensar estas experiencias no solamente en relación a la sobrecarga de tareas y a la reificación de roles de género, sino resaltando sus potencialidades de cara a la construcción de subjetividades feministas, a partir de lo que representa encarnar un rol social clave hacia la comunidad en un territorio disputado. Es en este punto donde el concepto de cuerpo individual como primer territorio de resistencia (Cabnal, 2010) cobra sentido en la praxis, en el sentido que es desde la corporalidad de las militancias desde donde se sufre, pero también se afirma un sentido y un modo de estar en el mundo de carácter emancipatorio:

Fortalecer nuestra autoestima, sabernos sujetos de derechos es nuestra base, de compañeros y compañeras que han sido siempre ninguneados, porque es muy fuerte la discriminación, por tu origen, no solamente por tu color de piel, si sos campesino y sos mujer es todavía peor, es todo junto. Es muy fuerte ver en los que se suman nuevos eso de sentirse menos, y en los que somos más históricos tenemos más capacidad de defendernos, seas médico, policía o el Presidente, darse esa fuerza y ese valor es algo increíble, y a su vez no es nada fácil. (Fragmento de entrevista grupal, Quimilí, 28/05/24).

En esta dirección, es interesante trazar similitudes con otras experiencias de mujeres de sectores populares, y especialmente trazar vínculos con lo que tempranamente Luna (2001), sugirió como su manifestación emblemática, los “Movimientos por la Sobrevivencia”, surgidos en otro momento de auge del neoliberalismo como fue la década de 1990:

Los Movimientos por la Sobrevivencia se han ido estructurando en torno a la responsabilidad femenina de la economía familiar, especialmente la alimentación y el cuidado de las criaturas. También han tenido participación en las luchas barriales por la vivienda, la salud y la educación, en acciones, estas sí, compartidas con los hombres. La dependencia del asistencialismo estatal o internacional, la pobreza, la marginalidad y la crisis económica son los contextos en que se han construido como sujetos. La mayoría de estas organizaciones son urbanas, pero también las hay de carácter rural, formadas por campesinas mestizas o indias, que se han dado en algunos países como Colombia, Bolivia o Perú. (p.37)

En el caso de los feminismos populares de raigambre campesina, más específicamente, ha resultado central la internacionalización a partir de la construcción de La Vía Campesina (a la cual el MOCASE se une en 1997), y los fuertes vínculos tejidos en la región a partir de su Coordinadora Latinoamericana de Organizaciones Campesinas (CLOC), en la que las organizaciones de Brasil tuvieron un rol preponderante⁹. Sin embargo, más que proponer una definición homogénea, es

⁹ Es en el seno del El Movimiento de Mujeres Campesinas, parte de La Vía Campesina, surgido en 2004, que emerge una fuerte elaboración conceptual del feminismo camponês popular, en diálogo con otros movimientos en la CLOC:

importante resaltar que se trata de un movimiento de enorme magnitud y desarrollo (más de 25 años), con lo cual su identidad es dinámica y plural. Se compone de una diversidad de identidades políticas de mujeres (agricultoras, campesinas, rurales, indígenas, y otras), que tienen en común la vida y el trabajo del campo, lo cual le otorga un carácter fuertemente internacionalista y multicultural que asume los distintos tiempos y procesos locales que lo conforman (Susial Martín, 2020).

En este caso particularmente, situado en un país como Argentina, fuertemente centralizado y con un campesinado aún invisibilizado, la política de alianzas no se ha dirigido únicamente a otras mujeres y feminismos campesinos e indígenas. Se han tendido coaliciones con los feminismos populares urbanos, también desde la propia idiosincrasia del MOCASE-VC de fomentar la articulación con los movimientos sociales a nivel nacional. En este contexto, la apuesta de las feministas campesinas durante los últimos años se ha centrado en instalar la lucha territorial y ambiental en la agenda feminista y popular más amplia, a la vez que se nutren de las consignas feministas para llevarlas a sus organizaciones campesinas. Se identifican como mujeres campesinas que forman parte de un entramado socio-ambiental, comunitario y territorial; y por ello abogan por un giro de perspectiva que no considere a “las mujeres” como sujetas individuales, sino que abrace una perspectiva integral los vínculos sociales, económicos y también naturales y ambientales (Pena, 2022-2023).

La mirada *integral*, que comparten con las demás feministas campesinas de LVC en torno a las luchas que las aglutinan, es reiterada en cada una de sus consignas: “la reforma agraria será feminista”, “sin feminismo no hay socialismo”, “¿si tenemos la tierra, para qué la queremos?”, y recorre toda su trayectoria. Se ha partido desde la lucha por la tierra hacia una por la igualdad en el acceso a ella, pero también de igualdad de derechos en términos amplios, de anticapitalismo, anticolonialismo, ecologismo e interseccionalidad. De acuerdo con Calvário y Desmarais (2023), su accionar político hacia el interior de su propio movimiento también se ha enfocado en colocar la perspectiva feminista y los derechos de las mujeres de manera transversal, generando al menos tres afectaciones en términos organizacionales: a) la construcción de espacios autónomos de mujeres en todos dispositivos de la organización; b) la participación política paritaria, desafiando la dominancia masculina en el movimiento, y; c) la incorporación de una mirada de género en los documentos y decisiones del movimiento. Esto mismo ha sido trazado desde los varios trabajos que se han ocupado de la experiencia de género en el *Movimento Sem Terra* de Brasil, que es una de las influencias más fuertes y fluidas del MOCASE-VC (Caldart, 2000; Furlin; 2013; Longo, 2023). Se trata de un movimiento surgido desde organizaciones y disputas colectivas que no siempre han adscrito a la categoría de “feministas” y que en su mayoría tienen identidades y agendas distintas a las del feminismo histórico en la región, mayormente de entornos blancos, urbanos y de clase media. Es así que sus principales alianzas han florecido más bien con los feminismos populares urbanos desde 1990, desde donde intentaron construir nuevas agendas y diversificar las luchas (Motta y Teixeira, 2023; Caldart, 2000; Furlin; 2013; Longo, 2023).

... se trata de un feminismo que surge a partir de diversas agendas de lucha de las mujeres campesinas, pero que no están asociadas históricamente al feminismo; además, sus conquistas van más allá de las mujeres, afectando la lucha por derechos y por la naturaleza más amplia. (Calaça, 2023, citado en Motta y Teixeira, 2023, p. 327)

A su vez, tal como han señalado varios otros estudios (Conway, 2018; Desmarais 2003; Neves y De Medeiros, 2013; Calvário & Desmarais, 2023), este tipo de feminismos ha desarrollado una creciente agenda vinculada a la alimentación, generando una estrecha vinculación con los reclamos por la soberanía alimentaria, promoviendo la agroecología y colocando a las mujeres campesinas como el sujeto político clave para garantizar dichas demandas. Una agenda feminista para una soberanía alimentaria, además de colocar a la alimentación como bien común y por fuera de las lógicas mercantiles, promueve la defensa y el apoyo a las mujeres del campo que producen dichos alimentos. Motta y Teixeira (2023), resaltan cómo estas consignas han conseguido aglutinar, del mismo modo, demandas amplias y significados contrahegemónicos que atacan al sistema capitalista y patriarcal como un todo. Así, la soberanía alimentaria es una consigna en la cual convergen las luchas de los movimientos campesinos y de las mujeres populares, unificando reclamos tales como el derecho a la tierra, al agua y a la salud, pero también exigiendo políticas públicas orientadas al fortalecer los derechos de las mujeres productoras rurales y/o campesinas mediante las garantías al comercio justo, al empleo, a la salud y al bienestar integral.

De todo esto se desprende que el paradigma que defienden se basa en otro modelo de relaciones sociales, solidarias, justas, libres de opresión y de respeto e igualdad de género, racial y de clase. La noción de violencia de género se integra así en la clave que le dan los feminismos populares, al igual que sucedió con el *feminismo camponês* brasileño (Calaça, 2023), el cual integra todas las reivindicaciones de los sectores populares golpeados por el hambre en la década de 1990 con la reivindicación del feminismo histórico contra las violencias (Trebisacce, 2020). Se trata de unificar “todas las luchas”, consideradas a su vez *la misma lucha*: la lucha popular, en la cual se intersectan género, raza y clase. Es por eso que la preocupación por la violencia de género o sexista se amplía para abordar el impacto específico de las relaciones patriarcales y capitalistas en las mujeres del campo: la violencia en contextos de conflicto territorial y las amenazas o abusos por parte de grupos armados contratados por empresarios para amedrentar; la violencia sexista hacia activistas ambientales; o la violencia por parte de las instituciones estatales. A esto se suma un análisis de cómo el modelo de extractivismo agrario que genera pobreza y marginalidad, impacta más a las mujeres que a los hombres debido a la distribución asimétrica de las tareas de cuidado. Esto, sumado a las tradicionales estructuras patriarcales de muchos entornos rurales que generan escases de autonomía económica y social en las mujeres (Paz y Jara, 2014), también las hace más vulnerables a la violencia doméstica. De este modo, las violencias y las demás formas de vulneración a los derechos de las mujeres se abordan como aspectos de las desigualdades estructurales que afectan a las personas de diferentes maneras. Se trata de una mirada feminista atenta y consciente de todas las jerarquías de la desigualdad y de las violencias que se cruzan en los cuerpos de las mujeres campesinas, y de los múltiples ámbitos y modalidades en las cuales se manifiesta. El dispositivo de la pareja heterosexual sería tan sólo uno de ellos, al cual se añaden el ámbito político, el laboral, el de la disputa territorial y el ambiental, entre otros. Esta perspectiva situada les permite crear una propuesta crítica feminista integral.

Reflexiones finales

Los feminismos en Argentina y en la región latinoamericana en general se han pluralizado, ampliado y popularizado, abarcando una cantidad de ejes, identidades y demandas cada vez más complejas. Esto presenta un enorme desafío a la hora de producir análisis situados y críticos de las distintas realidades locales, los cuales permitan tejer diálogos colocando las distintas estrategias particulares dentro de un marco común, sin oscurecer su heterogeneidad. Este artículo pretendió describir y luego debatir en base a una experiencia de abordaje territorial, autónomo (aunque articulado con políticas públicas nacionales), auto gestionado, campesino y popular de atención a casos de violencia de género. En función de ello, se partió de una investigación etnográfica construida a lo largo de varios años y basada no solamente en las técnicas metodológicas más estrictas (entrevistas, observaciones participantes) sino en la consolidación de un vínculo de confianza con referentas campesinas del Movimiento Campesino de Santiago del Estero-Vía Campesina (MOCASE-VC).

A lo largo de todo el manuscrito, se hizo referencia a la categoría de violencia de género resaltando que se trata de un significativo polisémico, disputado y resignificado de manera dinámica a partir de las diferentes apropiaciones que se hacen desde los colectivos, organizaciones, movimientos e identidades feministas, así como de la sociedad civil en general. Estas concepciones luego se plasman y traducen en políticas, programas, legislaciones y otros documentos y producciones escritas en diferentes niveles, desde lo local al nivel de los tratados y convenciones internacionales. Sin embargo, aquí se procuró dar cuenta de su complejidad y de las disputas de sentidos que se crean desde los abordajes particulares, suscribiendo a la idea de que aquello que se entiende por violencia de género se va construyendo a partir de consensos temporarios. Se sugirió que la realidad descrita en el contexto etnográfico abordado se inscribe en el marco de los feminismos populares y de su trayectoria de pensar, tratar y responder a la violencia de género desde una perspectiva integral e interseccional. Esta perspectiva, a diferencia de otras miradas también denominadas feministas, toma en cuenta a las situaciones de violencia en el marco de la pareja heterosexual y de las relaciones íntimas dentro de la matriz de desigualdades que producen las sociedades patriarcales y capitalistas, resaltando los cruces entre las múltiples formas de la vulnerabilidad. Considerando esto, en este trabajo se ha pretendido mostrar de qué manera estas respuestas locales, ejercidas por feministas campesinas, toman distancia respecto de otros planteamientos y actúan políticamente en respuesta a sus realidades, conocimientos, posibilidades y Experiencias políticas propias. También se ha propuesto destacar no solamente la sobrecarga de tareas y los riesgos implicados en este tipo de militancias, sino sus potencialidades en la construcción de subjetividades feministas y emancipatorias.

Estas contribuciones quizás abran nuevos interrogantes sobre las potencialidades y desafíos implicados en los abordajes de las violencias de género que adopten una perspectiva integral y que comprendan la heterogeneidad de las formas de opresión y desigualdad que enfrentan las mujeres y personas LGBTI+ en contextos situados. Estas cuestiones resultan claves a la hora de

diseñar, planificar y ejecutar políticas públicas que se articulen junto a herramientas y perspectivas surgidas desde los territorios y los feminismos populares. Aquí abordamos una experiencia que da cuenta de una de las tantas formas particulares en las que se expresan dichos feminismos. Quedan pendientes futuras indagaciones en torno a estas interacciones desde el punto de vista de los agentes estatales, tanto al nivel del diseño como de la ejecución de las políticas públicas destinadas a estos sectores, ¿cuál es el estado de conocimiento que poseen en torno a los saberes, prácticas y perspectivas de los feminismos campesinos, indígenas y populares? ¿de qué modo sería posible integrar estas intervenciones sin que la labor clave de las mujeres organizadas territorialmente permanezca en un lugar subordinado, invisibilizado y escasamente reconocido en el plano institucional?

Referencias

- Alcoff, L., & Potter, E. (2013). *Feminist epistemologies*. Routledge.
- Cabnal, L. (2010). *Feminismos Diversos: el Feminismo Comunitario*. Acsur-Las Segovias.
- Calaça, M. K. (2023). Feminismo camponês popular: integração de lutas. *Estudos Sociedade e Agricultura*, 31(1), 29-65. <https://doi.org/10.53000/rr.v13i1.4433>.
- Caldart, R. (2000). *Pedagogia do Movimento Sem Terra*. Editora Vozes.
- Calvário, R., y Desmarais, A. A. (2023). The feminist dimensions of Food Sovereignty: Insights from La Vía Campesina's politics. *The Journal of Peasant Studies*, 50(2), 640-664. <https://doi.org/10.1080/03066150.2022.2153042>.
- Carbonelli, M., y Giménez Béliveau, V. (2021). Body and activism in contemporary Argentina. *Revista mexicana de sociología*, 83(4), 987-1020.
- Conway, J. M. (2018). When food becomes a feminist issue: popular feminism and subaltern agency in the World March of Women. *International Feminist Journal of Politics*, 20(2), 188-203. <https://doi.org/10.1080/14616742.2017.1419822>.
- De Dios, R. (2010). Los campesinos santiagueños y su lucha por una sociedad diferente. En B. Pereyra, y P. Vommaro, (eds.). *Movimientos sociales y derechos humanos en Argentina* (pp. 25-46). Ediciones CICCUS.
- Desalvo, A. (2015). Las acciones en defensa de la tierra en Santiago del Estero (1990-2012). El caso del MOCASE-VC. *Eutopía: Revista de Desarrollo Económico Territorial*, 8, 57-74.
- Desmarais, A. A. (2003). The Vía Campesina: Peasant Women at the Frontiers of Food Sovereignty. *Canadian Woman Studies*, 23(1), 140-146.
- Di Marco, G. (2010) Los movimientos de mujeres en la Argentina y la emergencia del pueblo feminista. *Aljaba*, (14), 51-67.
- Durand, P. (2006). *Desarrollo rural y Organización Campesina en Argentina. El caso del Movimiento Campesino de Santiago del Estero* [Tesis Doctoral, Universidad de Buenos Aires].
- Fonow, M., y Cook, J. (2005). Feminist Methodology: New applications in the academy and public policy. *Sigs: Journal of Women in Culture and Society*, 30(40), 2211-2236.

- Furlin, N. (2013). A perspectiva de gênero no MST: um estudo sobre o discurso e as práticas de participação das mulheres. En D. P. Neves, y de L. S. De Medeiros, (eds.). *Mulheres Camponesas: trabalho produtivo e engajamentos políticos* (pp. 257-282). Word Press.
- Gago, M. V. (2019). *La potencia feminista: O el deseo de cambiarlo todo*. Traficantes de Sueños.
- Gargallo Celentani, F. (2007). Feminismo Latinoamericano. *Revista Venezolana de Estudios de la Mujer*, 12(28), 17-34
- Gil Gregorio, C. (2006). "Contribuciones feministas a problemas epistemológicos de la disciplina antropológica". *AIBR*, (1), 22-39.
- Guber, R. (2011). *La etnografía. Método, campo y reflexividad*. Siglo XXI.
- Halvorsen, S., Mançano Fernandez, B., y Torres, F. (2021). "Movimentos socioterritoriais e movimentos socioespaciais: contribuição teórica para uma leitura geográfica dos movimentos sociais". *Revista Nera*, (6), 14-34.
- Longo, R. (2022). *Feminismos críticos en territorios urbanos y rurales del Abya Yala*. Teseo.
- Lugones, M. (2008). Colonialidad y género. *Tabula rasa*, (9), 73-102.
- Luna, L. (2004) *Los movimientos de mujeres en América Latina y la renovación de la historia política*. Universidad Nacional de Colombia. <https://repositorio.unal.edu.co/handle/unal/57194>.
- Luna, L. (2001). Contextos históricos discursivos de género y movimientos de mujeres en América Latina. *Anuario Hojas de Huarmi*, (12), 35-47.
- Motta, R., y Teixeira, M. A. (2023). Soberanía alimentaria y feminismo popular en Brasil. *Debates En Sociología*, (57), 322-348. <https://doi.org/10.18800/debatesensociologia.202302.013>
- Neves, D. P., y de Medeiros, L. S. (2013). *Mulheres Camponesas-Trabalho Produtivo e Egajamentos Políticos*. Alternativa.
- Nijensohn, M. (2019). El feminismo como contrahegemonía al neoliberalismo: Hacia la construcción de un feminismo radical y plural en Argentina. En G. Di Marco, A. Fiol, y K. N. Schwarz, (eds.). *Feminismos y Populismos en el Siglo XXI*. (pp.1-7). Teseo
- Oxman, C. (1998). *La Entrevista de Investigación en Ciencias Sociales*. Editorial Universitaria.
- Paz, R. G., y Jara, C. E. (2014). Censos y registros de la agricultura familiar en Argentina: esfuerzos para su cuantificación. *Eutopía*, (6), 75-91. <https://doi.org/10.17141/eutopia.6.2014.1359>.
- Pena, M. (2017). Las políticas de la vida cotidiana en el Movimiento Campesino de Santiago del Estero-Vía Campesina, Argentina. *Boletín de Antropología de la Universidad de Antioquia*, 53, 210-231. <http://dx.doi.org/10.17533/udea.boan.v32n53a12>.
- Pena, M. (2022). Resistencias ambientales y feminismos territoriales frente al extractivismo agroindustrial en Argentina, ¿qué nos ha dejado la pandemia? *Revista de Estudios Sociales*, 80, 57-74. <https://doi.org/10.7440/res80.2022.04>
- Pena, M. (2023). Del territorio al feminismo y del feminismo al territorio: las mujeres campesinas de Argentina en el Segundo Foro Feminista Popular y Latinoamericano". *Antropología y Ciencias Sociales*, 34, 76-96

Susial Martín, P. E. (2020). Agroecología política feminista desde Abya Yala. En A. Zuria, E. Centeno, y M. Gutiérrez, (eds.). *Feminismo socioambiental. Revitalizando el debate desde América Latina* (pp.105-132). Universidad Nacional Autónoma de México.

Trebisacce, C. (2020). Un nacimiento situado para la violencia de género. Indagaciones sobre la militancia feminista porteña de los años 80. *Anacronismo e Irrupción*, 10(18), 118-138. <https://doi.org/10.62174/aei.5258>.

Autora

Mariela Pena. Antropóloga por la Universidad de Buenos Aires (Licenciatura, Doctorado, Posdoctorado). Investigadora Asistente Conicet en el Instituto de Investigaciones en Estudios de Género de la Universidad de Buenos Aires (IIEGE-UBA/CONICET). Especialización en estudios en género y sociedad; género, ambiente y desarrollo; y movimientos sociales rurales. Es docente de grado en la Universidad de Buenos Aires (Licenciatura en Ciencias Antropológicas), y de posgrado en la Universidad Nacional de Tres de Febrero (Maestría en Estudios y Políticas de Género) y en la Universidad Nacional de José. C. Paz (Maestría en Políticas Públicas y Feminismos).

Declaración

Conflicto de interés

No tenemos ningún conflicto de interés que declarar.

Financiamiento

Sin ayuda financiera de partes externas a este artículo.

Nota

El trabajo se enmarca en un trabajo etnográfico más amplio (en curso) titulado: "Feminismos, extractivismo agrario y conflicto territorial/socioambiental. Análisis del feminismo campesino y popular en la provincia de Santiago del Estero", realizado con financiamiento total del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de Argentina.